

Alfred E. Bouter

# Las siete palabras de Jesús en la CRUZ

Lucas 23:34; ...

---

*'Jesús dijo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen, y partiendo sus vestidos echaron suertes'.*

Lucas 23:34

Muchas profecías bíblicas se cumplieron durante una corta semana. Dios había planeado y anunciado estas cosas con mucha antelación. Sin embargo, los hombres que entregaron a Cristo para ser crucificado, son plenamente responsables de lo que hicieron con toda maldad. Cuando ellos clavaron al Mesías sobre esa vergonzosa cruz, experimentó un sufrimiento terrible y no solo sufrimiento físico. Sin embargo, su boca no pronunció queja alguna – lo contrario, oró por sus enemigos. Sorprendente poder escuchar sus palabras: “Padre perdónalos porque no saben lo que hacen”.

Cincuenta días después, apoyándose sobre esta corta oración – las primeras palabras del Señor sobre la cruz –, Pedro dice a los judíos, que ellos “han matado al Autor de la vida”, y añade, que lo han “hecho por ignorancia” (Hechos 3:15, 17). Ese día, siguiendo el mensaje de Pedro, se convirtieron como 5.000 judíos (4:4). El Señor Jesús da comienzo a una nueva obra – después, el cielo. De la misma manera que los jefes de los judíos desecharon el ministerio de Cristo sobre la tierra – “A lo suyo vino y los suyos no le recibieron” (Juan 1:11) –, desecharon también el

testimonio de los apóstoles en cuanto a la resurrección de Cristo y de su elevada posición a la derecha de Dios (Hechos 3 a 5).

Cuando Esteban testificó estas verdades, vino a ser el primer mártir. Y cuando lo estaban apedreando, oró por aquellos perversos: “Señor, no les imputes este pecado”, y después de haber pronunciado esto, “durmió” en Jesús (Hechos 7:60). Esteban sabía que vivía en el tiempo de la gracia y siguió el ejemplo de su Maestro. Es posible que su oración llevara a la conversión de Saulo de Tarso – el furioso perseguidor de los primeros cristianos – que asistió a su muerte. Todavía hoy es tiempo de gracia: que sepamos mostrar con palabras y hechos que pertenecemos al Señor Jesús.

*'Y uno de los malhechores que estaban colgados, le injuriaba, diciendo: Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros. Y respondiendo el otro, le reprendió, diciendo: ¿Ni aun tú temes a Dios estando en la misma condenación? Y nosotros, a la verdad, justamente padecemos; porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos: mas éste ningún mal hizo. Y dijo a Jesús: Acuérdate de mí cuando vinieres a tu reino'.*

Lucas 23:39-42

¡Cristo crucificado! Situación aún más dolorosa, Jesús se encuentra entre dos criminales. Durante el proceso, Pilato preguntó a las multitudes escoger cual querían que fuese suelto: Jesús, o al criminal llamado Barrabás, que significa *hijo del padre* (Mateo 27:16; Marcos 15:7). Era, en efecto, la costumbre soltar a un prisionero en la Pascua. En lugar de suplicar la causa del que era inocente, los jefes judíos incitan a las multitudes para que Jesús de Nazaret sea crucificado y Barrabás sea puesto en libertad. Pilato consciente de todo, hace que ese Jesús, el verdadero Hijo del Padre, sea condenado, mientras que el criminal queda libre. Cuando es crucificado entre dos malhechores, Jesús, viene a ser el objeto de toda injuria. Entonces, bruscamente se produce un milagro cuando uno de los malhechores, dice que Jesús es el Mesías. Confesando su pecado, reprende al otro ladrón y honra a Cristo llamándole “Señor”.

Le pide que se acuerde de él cuando venga a reinar en su reino. ¡Que la fe de este hombre fue grande! Ella fue recompensada cuando Jesús le dijo: “De cierto te digo, que hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lucas 23:43). ¡Maravillosa gracia!

Aproximadamente treinta años más tarde, el apóstol Pablo escribe: “Deseo ser desatado, y estar con Cristo lo cual es mucho mejor” (Filipenses 1:23). Es preferible estar en el cielo con Cristo, que servir al Maestro sobre la tierra. Pablo había visto al Señor (Hechos 22:14). Más tarde, cuando fue elevado al paraíso, rindió homenaje a la gloria inefable del cielo (2 Corintios 12:2-4).

Pero el ladrón en la cruz, creyó sin saber nada al respecto. ¡Cuán precioso debió ser ese ruego para nuestro Señor!

*'Y estaban junto a la cruz de Jesús, su madre, y la hermana de su madre, María mujer de Cleofás, y María Magdalena. Y como vio Jesús a la madre y al discípulo que él amaba, que estaba presente, dice a su madre: Mujer, he ahí tu hijo. Después dice al discípulo: He ahí tu madre'.*

Juan 19:26-27

Mucha gente se burla de Jesús el crucificado, el que tantos bienes hizo durante toda su vida, también algunos fieles creyentes se encuentran cerca de la cruz. Hacía unos 33 años, la madre de Jesús, acompañada de José, presentaron al niño de Dios en el templo. En ese momento, Simón dijo que una espada traspasaría su alma (Lucas 2:35). Ahora, cerca de la cruz, ella debe darse cuenta que esa profecía se está cumpliendo ante sus propios ojos.

La otra María, hermana de la madre de Jesús, también se encuentra allí con María Magdalena, la que el Señor liberó de siete demonios (Lucas 8:2). Estas mujeres son caracterizadas por su profundo apego al Señor. A causa de su devoción, María Magdalena sería la primera persona a la que el Señor se le aparecería después de su resurrección (Juan 20:1, 14-18). Todos los discípulos habían huido, excepto “el discípulo el cual Jesús amaba”; allí está él, con esas fieles mujeres.

En ese momento de profunda humillación (le quitaron sus vestidos antes de crucificarlo, porque habían sido repartidas entre los soldados), el Señor mira a su madre y también a su discípulo. Sus hermanos no creyeron en él durante su ministerio público. Ahora cuando está a punto de morir, Jesús piensa en los cuidados de su madre. La confía a su fiel discípulo diciendo: “Mujer, he ahí tu hijo”. Después dice a Juan: “he ahí tu madre”. Esas sencillas palabras, muestran la ternura y el dulzor del corazón de Jesús, forman la tercera de las siete palabras que Cristo pronunció cuando estaba en la cruz.

*Hay en la tercera palabra del Señor en la cruz como el primero de este amor “en el Espíritu”, de ese amor que es “el eslabón de la perfección”, donde el apóstol Pablo habla en la epístola a los Colosenses (1:8; 3:14) y da una hermosa ilustración en su Epístola a Filemón.*

*P. Regard*

*'Y cuando era como la hora de sexta, fueron hechas tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora de nona'.*

Lucas 23:44

*'Y cerca de la hora de nona. Jesús exclamó con grande voz, diciendo: Elí, Elí, ¿lama sabactani? Esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?'*

Mateo 27:46

Ese día, los hombres maltrataron al Señor Jesús. Se burlaron de él, lo ridiculizaron y lo blasfemaron. Todos los instrumentos de satanás fueron movilizados contra él. Fue desafiado para que mostrara su poder descendiendo de la cruz, sin embargo, guardó silencio. No obstante, intercedió por ese su pueblo culpable. Consoló al ladrón salvado por la gracia de Dios en el último momento. Después, se ocupó de su madre.

Pero, a la hora sexta, una oscuridad inhabitual cubre la tierra. No es un eclipse ni fenómeno natural, sino una soberana intervención de Dios. Jesús, portador de nuestros pecados, trata con el Dios santo, donde nadie puede ser testigo. Nosotros, solo entendemos la voz de Jesús que suena al final de las horas de tinieblas: “Dios mío, Dios mío, ¿Por qué me has abandonado?” El Padre y el Hijo “van juntos” (Génesis 22:6, 8). Jesús recibió esta copa de la mano del Padre en Getsemaní y la probó en la cruz: Dios entonces abandonó al hombre perfecto – el justo – que fue hecho “pecado por nosotros” (2 Corintios 5:21<sup>a</sup>). Dios aparta su rostro de Aquel que siempre le sirvió fielmente. ¡Misterio insondable! El Hombre obediente y dependiente es abandonado de Dios a quien tanto siempre honró.

Durante esas horas de tinieblas, el Señor Jesús carga con los pecados de todos aquellos que cree en él. El pagó sus deudas. Era la perfecta ofrenda por el pecado para llevarnos a Dios. ¡En la cruz Dios ha sido glorificado! Cristo siempre glorificó a Dios: en su nacimiento, a lo largo de toda su vida, durante su ministerio público, ahora y en la cruz, como el perfecto sacrificio.

La oscuridad inhabitual, ha mostrado respeto mezclado de temor de la creación en aquel solemne momento. Los ángeles posiblemente cubrieron sus rostros. Nosotros, nunca podremos comprender lo que significaron esas espantosas tinieblas y el abandono para nuestro Señor. Todo parece injusto, sin embargo era necesario “para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él (Cristo)” (v. 21b).

*'Después de esto, sabiendo Jesús que todas las cosas eran ya cumplidas, para que la Escritura se cumpliera, dijo: Sed tengo'.*

Juan 19:28

Cuando el señor Jesús fue abandonado por su Dios, sufriendo la infamia de la cruz, conoció en lo profundo de su alma y de su espíritu una sed que nos es imposible poder imaginar. Los sufrimientos intensos de la crucifixión, le hicieron igualmente sentir una terrible sed física. Todavía le faltaba una profecía por realizar. Entonces, para que se cumpliera el Señor dijo: “Tengo sed”. Es la quinta palabra de Cristo pronunciada en la cruz.

Se cuidó de otros, de su pueblo, del ladrón arrepentido y de su madre. Tenía en su corazón los intereses de Dios y ahora expresa algo para él mismo. Antes, después de haber sido clavado en la cruz, se le ofreció un brebaje para aminorar sus sufrimientos físicos. Sin embargo, el Señor Jesús lo rehusó al ver que era una droga: él dependía de Dios, incluso en estos insondables sufrimientos. Debía ser el perfecto *sacrificio por el pecado*, así como la perfecta *ofrenda de oblación* en las que Dios halló su complacencia. Debía ser también *sacrificio de prosperidad*, asegurando el fundamento de la paz entre Dios y el hombre rescatado, para que pudiéramos tener comunión con un Dios justo y santo. Y como perfecto *holocausto*, Cristo se ofreció él mismo a Dios como perfume de agradable olor, hallando así su plena satisfacción en él y en su consumada obra. Cristo, ha cumplido

perfectamente las figuras del Antiguo Testamento; mantuvo el control absoluto de sus sentidos, rechazando la primera bebida.

Pero seis horas más tarde, el vinagre que recibió mojó sus labios, según lo escrito: “En mi sed me dieron a beber *vinagre*” (Salmo 69:21). Este grito – “Tengo sed” – muestra a la vez la humanidad del Señor que ha sentido esa terrible sed (Salmo 22:15), y su voluntad de que la última profecía que aún no se había cumplido pudiese ser cumplida. Pero son los soldados, quienes sin saberlo, lo han cumplido dándole a beber *vinagre*. Entonces el Señor pudo decir en alta voz: “Consumado es” (Juan 19:30).

Sin embargo, veremos que esta sexta palabra pronunciada por el Señor en la cruz – “Consumado es” – tiene un alcance mucho mayor que el cumplimiento de esta última profecía.

*'Y como Jesús tomó el vinagre, dijo: Consumado es'.*

Juan 19:30

*'Jesús habiendo otra vez clamado con grande voz, dio el espíritu'.*

Mateo 27:50

El Padre envió a su Hijo sobre la tierra, vino de propia voluntad para hacer la voluntad de Dios y a cumplir su obra. El Santo Espíritu, lo sostuvo desde el principio de su ministerio hasta el fin, cuando, “por el Espíritu eterno se ofreció a Dios sin mancha” (Hebreos 9:14). Al mismo tiempo, como Hombre, Cristo ha respondido plenamente a las santas exigencias de Dios: Dios no atenuó ni a una, aun siendo su Hijo amado. Para nuestra comprensión humana, esto son benditos misterios.

Entonces, el Dios justo y santo ha sido plenamente satisfecho, desde la venida de Cristo en el mundo hasta el final de su obra expiatoria en la cruz. Entonces Jesús pronunció con fuerte voz la solemne palabra griega *Tetelestai* – está terminado, hecho, pagado por completo – su sexta palabra pronunciada en la cruz.

¡Dios ha aceptado su obra! El velo, que hacía separación entre el lugar santo y el lugar santísimo, “se rasgó en dos, de arriba abajo” (Marcos 15:38). Porque este gesto vino visiblemente “desde arriba” desde el cielo, allí se demostró que el hombre no podía jugar ningún papel para el acceso en presencia del Dios santo,

ahora le está abierto – tema desarrollado en la Epístola a los Hebreos. Los derechos divinos han sido plenamente satisfechos por la obra y el sacrificio de Cristo. Dios habiendo *salido hacia el hombre* (Juan 16:28; 2 Corintios 5:19), puede declarar justo al que cree en Jesús (Romanos 3:24-26); él nos invita a *entrar a su presencia*, ahora y para siempre (Hebreos 10:19-22).

Esa dulce comunión que tenemos con Dios como hijos – y que Dios este con nosotros – fue posible por la obra de Cristo cumplida en la cruz, por su muerte, por su sepultura, su resurrección, su ascensión y su glorificación a la diestra de Dios. Desde allí, Dios envió el Santo Espíritu, y “por él tenemos (...) acceso cerca el Padre” (Efesios 2:18), de manera que tenemos libre comunión con él. ¡Dios sea bendecido!

*'Entonces Jesús, clamando a gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto, espiró'.*

Lucas 23:46

Lucas, es el único entre los autores de los cuatro Evangelios que informa sobre la última de las siete palabras pronunciadas en la cruz. Sin embargo, este pensamiento es implícitamente continuo en los pasajes de Juan 19:30: “Habiendo bajado la cabeza, dio el espíritu”. Sin embargo, aquí no se trata del Espíritu Santo, sino de su propio espíritu humano; todo lo que el Señor Jesús hizo lo realizó con el poder del Espíritu Santo. Lucas pone el acento sobre el lado humano de las cosas y muestra que la obra de Cristo una vez cumplida, el acceso ya no está “cerrado” a su oración (Lamentaciones de Jeremías 3:8). Lucas, explica así de esto modo lo que sucedió *después* de las tres horas de tinieblas: la comunión entre Dios y el Hombre Cristo Jesús fue restaurada.

Con plena confianza, el Señor pone su espíritu en las manos del Padre, pudiendo de nuevo dirigirse a él llamándole “Padre”, mientras que durante las tres horas de tinieblas, se dirigió a él diciendo: “Dios mío, Dios mío (...)", porque su comunión con el Padre había sido interrumpida.

Lucas, llama igualmente nuestra atención sobre los efectos de todo aquello que tuvo lugar durante esas seis horas solemnes y después de ellas.

“Y como el centurión vio lo que había acontecido, dio gloria a Dios diciendo: verdaderamente este hombre era justo” (Lucas 23:47). Uno de los temas

principales de los escritos por Lucas son, la alabanza y la gloria que los seres humanos rescatados traen a Dios. Los detalles concernientes al centurión son importantes, no solamente a causa de su testimonio rendido al Señor Jesús – “verdaderamente, este hombre era justo” – sino también porque ese oficial ha glorificado a Dios. Para glorificar a Dios, tenía que convertirse y venir a ser creyente. En los tiempos de gracia donde todavía nos encontramos, Dios no recibe gloria sino solo por parte de los creyentes, pero en el futuro, ante el gran trono blanco del juicio, “toda rodilla” se doblará (Filipenses 2:10) – igualmente las rodillas de los que fueron incrédulos, sin embargo, en ese momento, no habrá más incrédulos.

---

Oude Sporen 2018

